

Historia de un hombre

Manuel Izquierdo

Declinaba el día 12 de noviembre de 1939. En una de las vertientes occidentales de la Sierra de Urda salían de entre las jaras dos hombres que, con aire de tomar un aliento, se miraban y oteaban horizonte, crestas y valles.

Después de escuchar atentamente, uno de ellos habló a su compañero:

—Ya no se oye a los caballos, Julián.

Pasado un momento de reflexión, añadió:

—Necesitamos alejarnos todavía.

Ninguno de los dos hombres se había sentado. Sólo habían quedado recostados brevemente contra una carrasca.

Reordenado el atuendo respectivo, quien había hablado extendió el brazo y con el índice señaló hacia la masa negruzca que se levantaba al oeste y al noroeste. Sus cimas se confundían con las nubes.

Era el Sistema Orográfico de Toledo, única salida, refugio o etapa que, por el momento, quedaba a ambos.

Una breve palabra bastó para que aquellos montes barbudos tragarán de nuevo a los dos hombres. Matas y hierbas caían o eran apartadas. Como en desquite de aquella afrenta y ayudada por la humedad ambiente, la vegetación borraba pronto los signos de haber sido hollada.



José Manzanero en el penal de Cartagena (1935).

que perdió la guerra

ENTONCES FUE HACIA EL MAR

Para José, el acompañante de Julián, aquel empuje a través de muros y cortinas silvestres significaba un viraje de 180°. También en marzo anterior había comenzado la marcha en el mismo sentido. La sublevación fascista de Cartagena y la rebelión del coronel Casado le sorprendió en su pueblo, Villa de Don Fadrique. Allí le habían llevado un mes antes, gravemente enfermo, desde Castuera, en la provincia de Badajoz, donde desempeñaba funciones dirigentes en el diario «Extremadura roja».

Lo que ocurría en la Capital, sitiada hacía tantos meses, no podía dejar de repercutir en aquel pueblo. Ciertamente, ni en la parte de la provincia de Toledo en manos de las fuerzas republicanas ni en el mismo Villa de Don Fadrique hubo movilizaciones contra la Junta que acababa de constituir el coronel. Los insurrectos tomaron la iniciativa inmediatamente en la Mancha, en

Extremadura. Comenzaron a llenar las cárceles y a improvisar éstas para recluir a comunistas y sospechosos de lealtad al Gobierno de la República. Primitivo Carpintero (1) había hecho llegar a Villa un mensaje desde la cárcel de Navahermosa donde a él, junto con otros paisanos y militares, habían encerrado desde el mismo día 6 de marzo.

Si Villa de Don Fadrique era en 1939 la retaguardia profunda, su fama como bastión republicano y comunista no había decrecido a lo largo de los años treinta. Al contrario. Su aportación al esfuerzo de guerra había sido más que notable. De sus 4.000 habitantes había enviado a los frentes 400 personas. De ellas ya murieron 20 en los combates hasta primeros de febrero de 1937. Un balance posterior a la contienda 1936-1939 daría el no regreso al pueblo de 200 de sus vecinos. La población que quedó

(1) Ver *TIEMPO DE HISTORIA*, Núm. 56, julio 1979.



Alicante. Paseo de las Palmeras.

en Villa había contribuido también de forma destacada en los suministros de cereales al Madrid cercado, había remitido a los frentes y de manera regular, cada semana, dos camiones con productos alimenticios. Todo se había efectuado bajo la administración del alcalde en aquellos meses, Dionisio Torres, fusilado después bajo el franquismo.

Los de Casado cayeron sobre el lugar en buscas y registros. José tuvo que ocultarse. En algunas salidas comprobó amargamente que cualquier punto de apoyo había desaparecido. Por ello pidió a su propio padre que le llevara, en unión de un compañero suyo, en dirección a los Montes de Toledo. Recuerdos y leyendas aprendidas de niño le empujaban en ese sentido.

Salieron los tres hombres con el carro de mulas, vestidos exactamente como los campesinos de la comarca. Por el camino, José se sintió agravado en su enfermedad. Consideró imposible el proyecto y entonces marcharon hasta Alcázar de San Juan. Allí tomaron los dos un tren después de despedirse del padre.

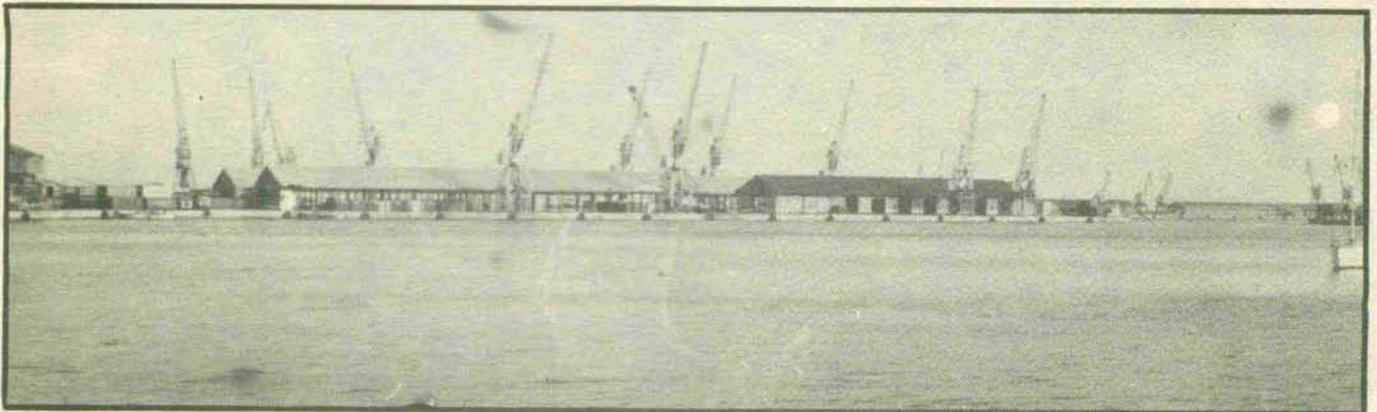
Desde aquel momento, para José como para cuantos se unían en la marcha a la costa, había un solo objetivo: embarcar, salir de España. A partir del 5 de marzo a las doce de la noche martilleaban radios y periódicos que se produciría una «paz honrosa», que «saldría todo el que quisiera», que «habría barcos para todos». Casado y sus colaboradores daban la garantía de que «O todos nos salvamos o todos nos hundimos». En el puerto de Alicante estaba completo el abanico político de la zona republicana. A empezar por los más furibundos golpistas para concluir en quienes se habían opuesto hasta el último momento y por todos los medios a que triunfara la postrera rebelión en Madrid. Ya nadie discutía allí ni hablaba

de Negrín o de Casado. Los barcos, los barcos, el mar, salir... Era el único pensamiento, el unánime fin. Zarpas. El rumbo era igual. Africa, Europa, donde fuera. Lograr un respiro. No caer en manos fascistas. Aproximadamente el mismo pensamiento del medio millón de españoles que se refugiaron en Francia en febrero; el mismo sentir de los 25.000 que habían logrado marchar por Levante hacia Africa del Norte. Pero el último barco, el «Stambrook», había hecho rumbo a Orán desde Alicante el 31 de marzo con 4.800 refugiados. Casado y unos pocos de sus adláteres abandonaron España para Inglaterra, por el puerto de Gandía, a bordo del «Galatea».

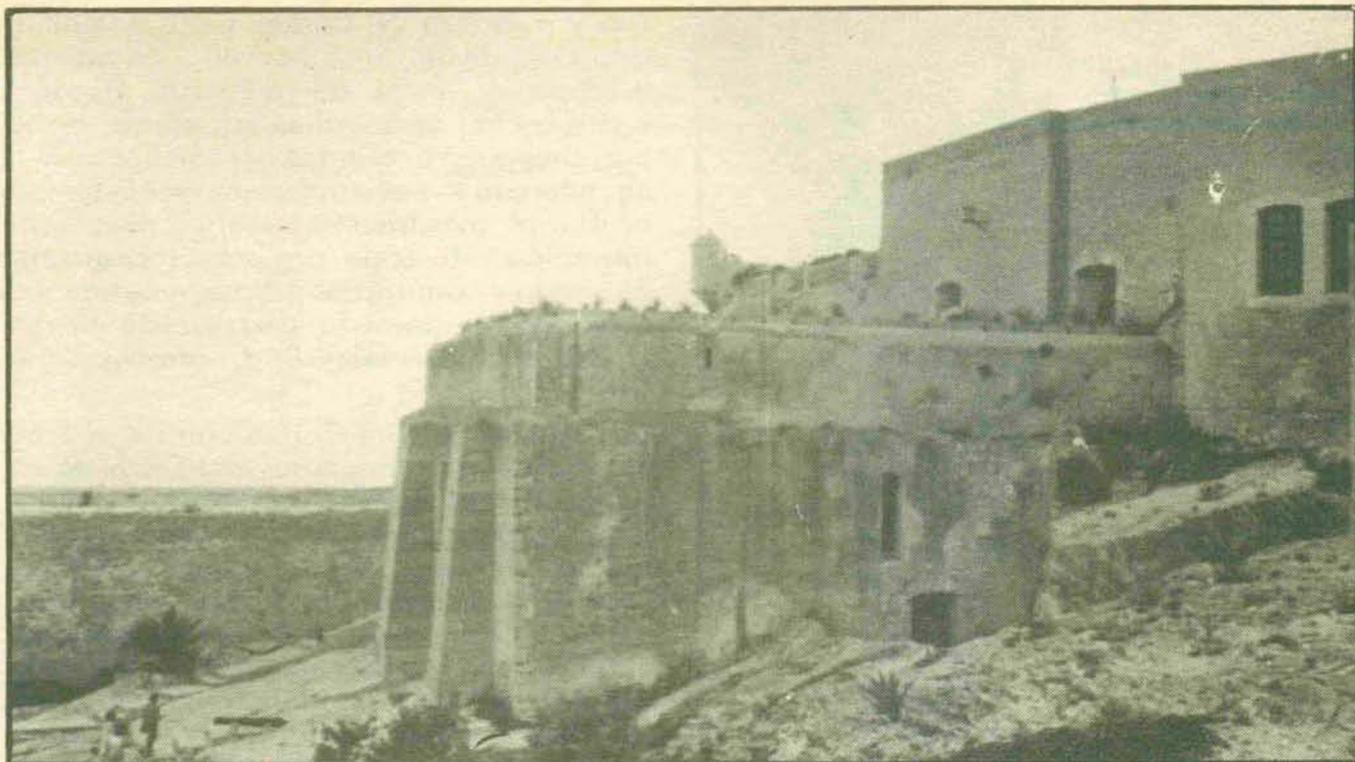
No hubo hora del día o de la noche en que miles y miles de personas, confinadas tras las verjas que las separaban de la Ciudad, no echaran una mirada hacia el mar. Hasta que a lo largo del puerto desfiló la italiana División «Littorio». Hasta que por la bocana entró el «Vulcano». José miró todavía hacia el mar cuando, perdido entre la riada de prisioneros, marchaba por el Paseo de las Palmeras en dirección al Campo de los Almendros; miró hacia el mar cuando desde este lugar le trasladaban a la Plaza de Toros. No había perdido la esperanza de que aún podía haber una salida marítima, si la ocasión se presentaba, cuando con tantos otros era conducido al Castillo de Santa Bárbara. Aunque prisionero, el mar quedaba a sus pies, a unos centenares de metros.

CASTILLO DE SANTA BARBARA

Todavía miraron al mar los mil hombres que llevaron al Castillo. Viejos y jóvenes; ex combatientes, algunos de los cuales conservaban restos de sus uniformes; vestidos los más de paisano, fueran civiles o no, en una abigarrada mezcla de trajes recién sa-



Alicante. El puerto, los muelles.



Vista parcial del Castillo de Santa Bárbara.

cados de los armarios y de panas campesinas. Allí había jefes y oficiales, comisarios políticos, funcionarios de las administraciones central y locales, obreros, empleados, intelectuales desde catedráticos hasta ingenieros y médicos, soldados rasos, pastores, en fin, gentes dedicadas en su vida anterior y reciente a las más diversas actividades. Hay que repetirlo. Ya era difícil distinguir estas diferencias sociales. Cada uno había ido preparándose en los días precedentes a pasar «como uno más».

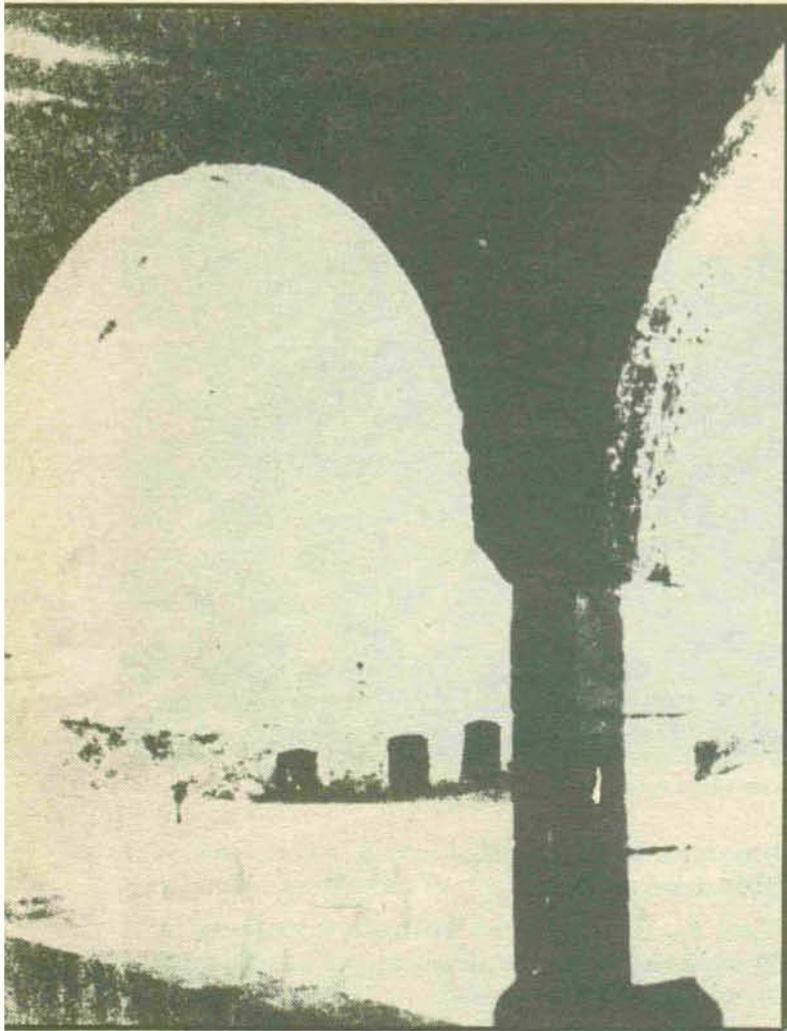
A los mil detenidos en la fortaleza del Monte Benacantil les tenía sin cuidado en aquel momento lo que en la Antigüedad hubieran hecho allí Amilcar, el emperador romano de Occidente Mayorico o el vándalo Genserico, los vestigios que de su paso y dominio dejaron en piedras y recintos los griegos, los romanos y los árabes. Que en tantos avatares históricos el Castillo hubiera sido destruido y reedificado una y otra vez por castellanos y aragoneses no tenía en tales días el menor incentivo para ellos. Las vicisitudes bélicas del antiguo fuerte habían terminado en 1873 al sufrir el bombardeo de unas fragatas insurrectas. Desde 1893 el Castillo estaba desartillado y en 1929 el Estado había transmitido su propiedad a la ciudad de Alicante. Los más remotos recuerdos de aquellos prisioneros sobre el lugar iban a los últimos días de marzo en que, desde el puerto, veían la

bandera blanca izada en la «Torreta», dejada tras su paso por el caballo de Troya.

Tres días sin recibir comida constituyeron la especie de cuarentena a que se sometió a aquel millar de hombres. Hierbas salvajes y dañinas, crudas unas veces, cocidas en otras ocasiones en botes viejos recogidos en los vertederos del Castillo, fue su alimento en ese tiempo. Luego empezaron a darles algunas lentejas mal cocidas y peor condimentadas, sin grasa ni carne, que alternaban con una latita de sardinas para dos y por día. Sufrían atrocemente de la sed. Por las noches dormían sobre el suelo pelado en las naves interiores.

Al suceder de los días, la situación de «prisioneros», proclamada en el último parte de Franco el 1.º de abril, comenzaba a transformarse. En la parte alta del Castillo, en una especie de punto de observación, parecido a un molino de viento, había instalado su puesto de mando un oficial falangista. Sobre una mesa colocada en el centro amarraban al detenido que seleccionaban. Así se producían los interrogatorios mientras un grupo de energúmenos realizaba los apaleamientos. Entre tanto, desde el exterior, tres fusiles apuntaban hacia la víctima.

Los inquisidores hicieron presa, al fin, en aquella masa anónima, social, nómada y civilmente. El primer descubierto en su verdadera identidad fue el diputado por Cana-



Castillo de Santa Bárbara: El baluarte de la «Mina» y los calabozos.



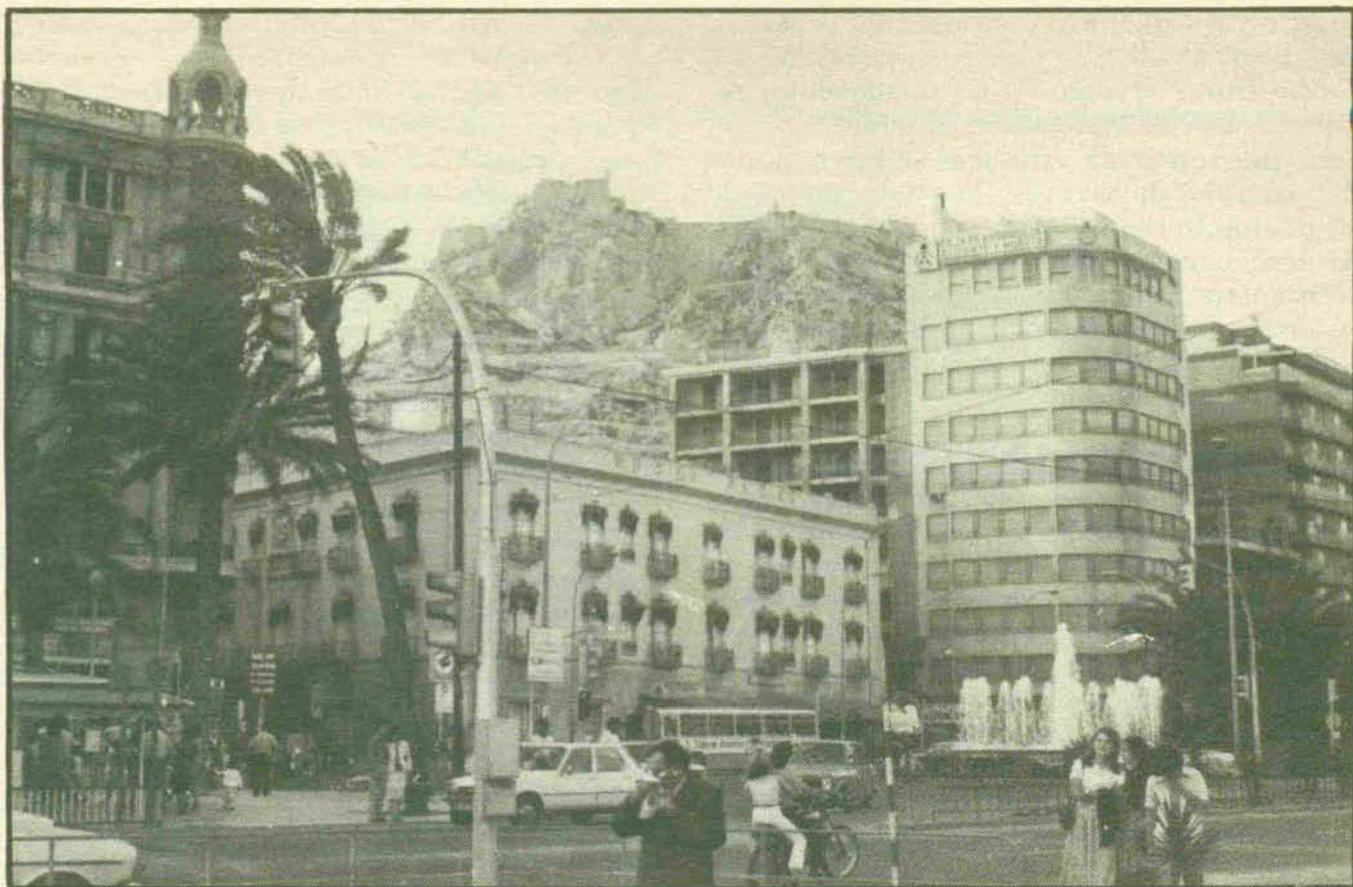
Castillo de Santa Bárbara: «La Torreta».

rias y miembro del Comité Central del Partido Comunista, Sosa Acevedo. Le dejaron desconocido, como un monstruo. Quedó a continuación varios días sin comer ni beber, sin poderse levantar del suelo, donde le abandonaron sus torturadores. Estos no ocultaron, más bien se jactaron, de haberle inflingido este trato por ser precisamente diputado y comunista. A Sosa sucedió en el tormento el llamado Sierra, jefe de los guardias municipales de Quintanar de la Orden (Toledo).

Las palizas se conjugaban con las charlas de uno de los fundadores del fascismo español. El entonces alférez provisional Ernesto Giménez Caballero iba del Castillo a la Plaza de Toros, del Campo de los Almendros a la Prisión Provincial, «inspeccionaba» cines y colegios donde se había recluido a muchísimas mujeres y niños procedentes del puerto y daba algún salto que otro hasta el Campo de Albaterra. Eufórico al llegar en los furgones de las tropas italomussolinianas del general Gambará, parloteaba sobre «los luceros» y sobre «la unidad de destino de los hombres y de las tierras de España». Los miles y miles de «prisioneros» —reducidos a esta condición por él, por sus amigos y protectores— se encogían de hombros ante tales prédicas. Ellos, hombres y mujeres, habían sellado su unidad en una enorme y desigual lucha de treinta y dos meses por encima de sus diferencias políticas, sindicales, ideológicas, de filosofía... Ellos todos, ahora —después del nefasto mes de la Junta casadista— volvían a encontrarse unidos en el cautiverio, ante las incertidumbres futuras, ante la posible muerte para muchos. Nadie sacaba a primer plano en castillos, campos y prisiones, sus diferencias de origen como catalanes, andaluces, vascos, gallegos, extremeños, castellanos, valencianos, madrileños.

A los malos tratos físicos y a las cotorrerías del veterano jonsista se añadieron ya los rumores procedentes del exterior. El jefe de División Etelvino Vega, designado en los últimos días del Gobierno Negrín para el cargo de Comandante militar de Alicante, había sido fusilado. Su detención —por los casadistas— se remontaba al momento en que, precisamente, llegó a tomar posesión del destino.

La búsqueda identificadora no era nueva para los prisioneros del Castillo de Santa Bárbara. Ya en la Plaza de Toros habían visto desfilar ante ellos grupos camisazulados que les asaetaban con la mirada. Ve-



Castillo de Santa Bárbara visto desde la Puerta del Mar.



Alicante: El puerto visto desde el Castillo.

nían de los pueblos y sitios más diversos. Así, llegó al Castillo uno procedente de Villa de Don Fadrique. Y no tardaron en reconocer a José Manzanero Marín.

José fue sometido entonces a las sesiones del «molino de viento». Los falangistas de su pueblo le trasladaron sin tardar a Villa. Al descender del Castillo, a medida que el tren corría kilómetros y kilómetros en dirección a la Mancha, comprendía que la salud ya no estaría —si todavía podía existir— del lado del mar.

BAJAR DE LA SUPERFICIE

Durante el viaje rodeó a José la más rigurosa incomunicación. El ahora ya preso no fue estorbado en sus reflexiones. Repasó su vida. Había nacido hacía veintisiete años en una familia de campesinos y artesanos vecindada en Villa de Don Fadrique (Toledo). A los seis años tuvo que ir a guardar ovejas por cincuenta céntimos y la manutención. Tales hechos denotaban que la situación económica de la familia era endémica, secular, entre los braceros y labradores pobres de la provincia. Sin remontarse demasiado se podía ver un reflejo de ella en las líneas que publicaba, a comienzos de 1915, el periódico «El Eco Toledano»:

«El mayor jornal que saca un labriego es de 1.500 a 1.600 reales al año, o sea cuatro reales y diez céntimos o cuatro reales y treinta y ocho céntimos diarios. Esto los mayores. Los demás criados cobran en escala descendente. Tienen familia. Algunos tres hijos o hijas. Algunos más. Necesitan, al menos, dos

panes diarios. A 40 céntimos estos panes —en Toledo se expenden a 48— hacen 80 céntimos. Media libra de garbanzos, 0,15; hacen 95 céntimos. ¿Qué queda para desayuno y cena? No ha hecho consumo, en su yantar, el labriego, de tocino, carne, azúcar, leche y vino, y le quedan todavía 15 céntimos, quizás más: ¡quizá 30 ó 53 céntimos!».

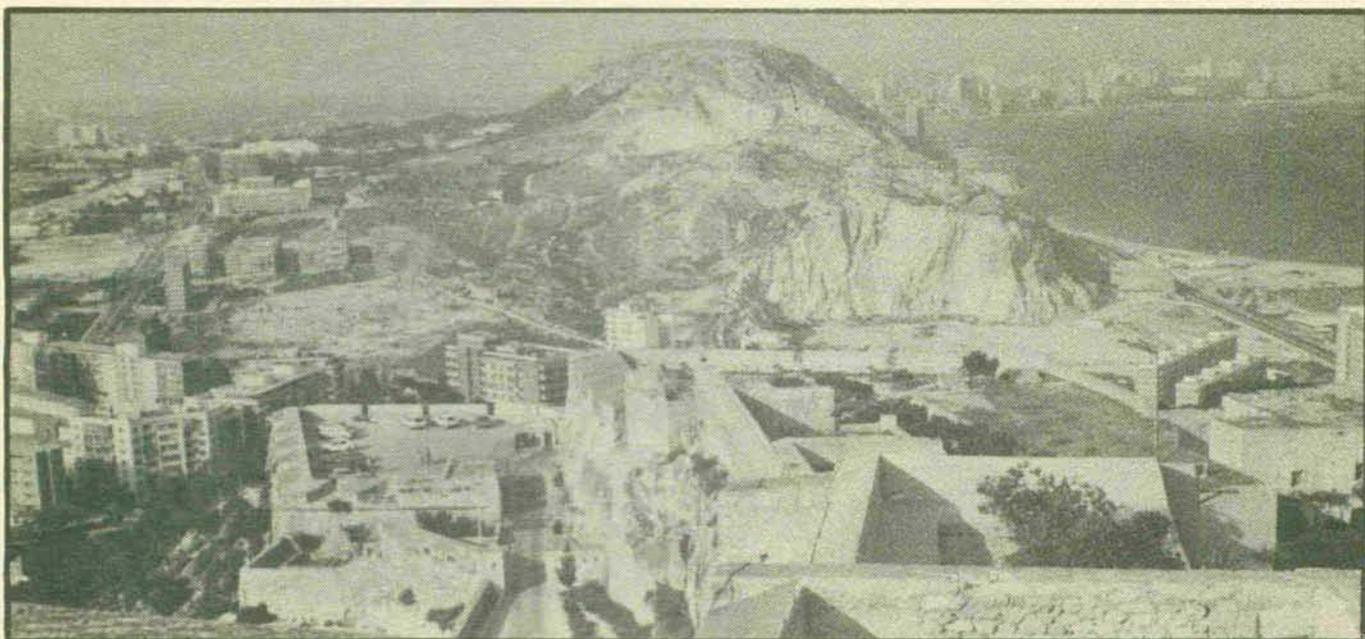
¿Es que había cambiado «todo» entre 1915 y 1932 ó 1933 por ejemplo? Las palabras de un vecino de Villa de Don Fadrique, de derechas y de pura tradición familiar derechista, reproducidas en una conocida revista madrileña, son elocuentes:

«Por los años 30, los comunistas acudían por las noches a sus reuniones sin haber cenado y dejando en la cama a sus hijos con apenas un mendrugo de pan» (2).

Al leer lo anterior es preciso no caer en la trampa de considerar que el hambre lo pasaban entonces en Villa «los comunistas». No se trataba allí de una consecuencia derivada de un compromiso político o de represalias patronales. Más adelante se verá que en los años treinta y en aquel pueblo toledano las palabras «comunista» y «trabajador» eran sinónimas, tanto para el mundo laboral como para los patronos.

José pasó a trabajar como albañil y en el vino a los 14 años. Entonces existía en el pueblo únicamente una Agrupación socialista y una Sociedad de Oficios Varios. Hacia 1928 desfilaron como conferenciantes

(2) «Blanco y Negro», artículo de Alfredo Semprún, diciembre 1979.



Lo que fue el Campo de los Almendros. Sobre él avanzan las nuevas edificaciones. A su izquierda, la carretera hacia Gandía y Valencia.

por la Casa del Pueblo de Villa, Saborit, Anastasio de Gracia y Alvarez del Vayo. El auditorio, de jornaleros y campesinos pobres, quería saber siempre más. El pueblo estaba situado en una provincia que ya en 1907 contaba con 139 afiliados al Partido Socialista repartidos entre las agrupaciones de Toledo, Mora, Tembleque y Turleque. Que diez años más tarde, en las elecciones municipales de noviembre había tenido sus dos primeros concejales obreros en Mora y luego, en los comicios generales de febrero de 1918 había dado 735 votos a la candidatura socialista de Andrés Ovejero. El total de afiliados en la provincia era de 495 en 10 agrupaciones o sociedades obreras en octubre del año citado.

Las horas de viaje no fueron sólo de recuerdo nostálgico o sentimental. En la mente de José volteaban el pasado y el presente. Los meses de libertad que el pueblo español había gozado en la zona republicana estaban agotados. Ahora había que volver forzosamente al reino de los topos. No había opción. Era cuestión de vida o muerte bajar de la superficie.

NUEVA ORIENTACION

La incidencia de los debates y de la escisión misma entre partidarios de la II o III Internacional había llegado a la provincia ya que en la fecha de celebración del I Congreso del Partido Comunista de España (Sección Española de la Internacional Comunista), en 15 de marzo de 1922, figuraba una Agrupación comunista en Toledo (3).

Hacia finales de los años veinte un vecino del pueblo, Isidro Muñoz, se trasladó a Madrid donde trabajaba como carpintero. Era oficio éste que se había distinguido antes de la dictadura primorriverista por sus luchas reivindicativas. Muñoz las conoció por sus colegas de trabajo. Escuchó relatos como, por ejemplo, la ocupación de una fábrica donde, encerrados en la misma sus obreros, mantuvieron un cerco de la fuerza pública. Ya le eran familiares los nombres de los dirigentes sindicales que encabezaron la acción. Entre ellos se contaba el de Vicente Arroyo quien, por sus consecuencias, se vio obligado a exilarse.

Muñoz llevaba los ambientes vividos por él en Madrid en sus viajes al pueblo. Cayeron en terreno abonado. Y terminó por verse

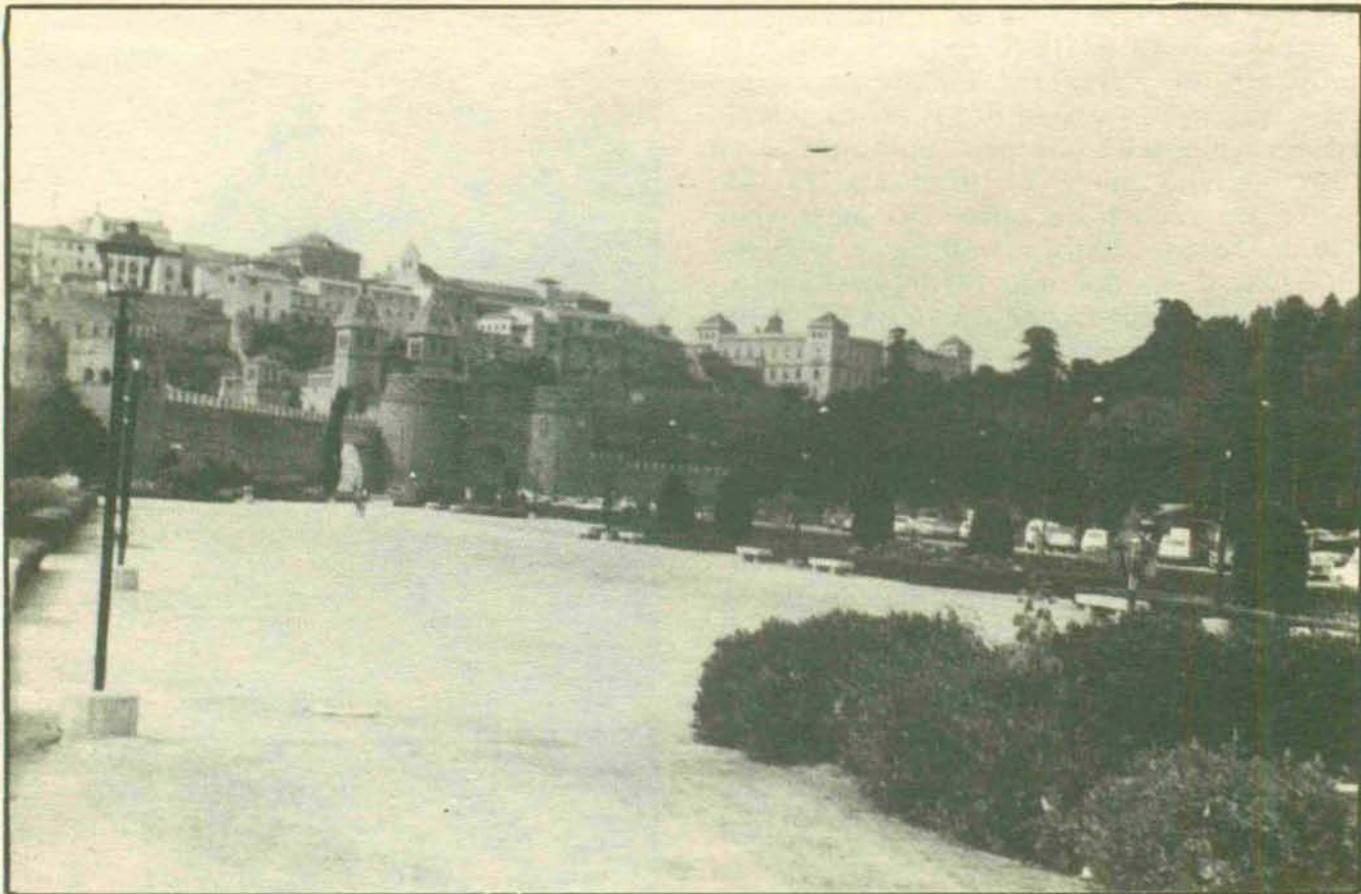


José Manzanero en 1937.

incapaz de responder a tantas cuestiones como le planteaban sus paisanos. En uno de sus desplazamientos logró que le acompañara el propio Arroyo que había regresado del extranjero. Ardientemente recibieron los trabajadores de Villa las ideas nuevas. A Vicente Arroyo sucedieron en sus visitas Areste, un muy culto funcionario de Correos, traductor de Rosa Luxemburgo y, poco más tarde, Vega. Todo ello antes de ser proclamada la República.

Era imborrable para José la noche en que conoció a Etelevino Vega. Hacia las tres de la madrugada fueron a avisarle de que había llegado «uno de Madrid». Salió sin tardar hacia la Casa del Pueblo. Ya antes de alcanzarla encontró a bastantes personas que iban en tal dirección. No hacía mucho que Vega había entrado en la localidad; le habían dirigido al hogar donde tenía preparado el pasar la noche. Pero de casa en casa circuló la noticia y quienes eran despertados empujaban a los demás fuera de las camas. Así que Vega hubo de trasladarse al local social y ante la insistencia de centenares de trabajadores no tuvo más remedio que hablarles sin esperar más. Iba a organizar el Partido Comunista en el pueblo y de la concurrencia misma salió un unánime

(3) *Todavía no se había efectuado el cambio de la estructura orgánica socialdemócrata tradicional de «agrupaciones» en «células», como fue hecho después por todos los partidos comunistas, entre ellos el de España.*



La Puerta de Bisagra en Toledo.

grito «¡Aquí somos todos!». Vega desató su elocuencia para explicar o tratar de explicar la diferencia entre «vanguardia» y «clase», entre... Inútil. La misma exclamación le cortó: «¡Todos!» Y ni en aquel momento ni en las conversaciones que tuvo hasta su marcha al día siguiente pudo Etelvino Vega recoger otra decisión, aparte de que en Villa de Don Fadrique todos los trabajadores eran del Sindicato y del Partido Comunista al mismo tiempo.

ANVERSO Y REVERSO DE TOLEDO

La provincia campesina, jornalera, trabajadora, estaba decidida a salir de su situación precaria. En Villa de Don Fadrique estalló el conflicto, la huelga de segadores, en julio de 1932. Patronos y fuerza pública hicieron frente a las demandas obreras con gran dureza. Los huelguistas respondieron con no menos decisión. *En la represión subsiguiente* fue detenido y encausado José (4). El en-

(4) También alcanzaron las represalias, entre decenas de vecinos, al juez municipal, Tomás Maqueda, y al médico del pueblo, Cayetano Bolívar. Este, conocido en Málaga como un doctor eminente, se vio acorralado y reducido a la miseria desde que se hizo comunista. Obligado a dejar la ciudad andaluza, Villa le acogió como su médico. En las elecciones de 1933, Málaga le envió al Parlamento. Era el primer diputado comunista elegido como tal. Anterior-

tonces joven de 21 años era ya un luchador templado, entregado a la causa trabajadora desde los diecisiete años. Formado políticamente al calor de los consejos de Luis Cicuéndez (5), de Pablo y Primitivo Carpintero, de Tomás Maqueda, de Diego Maroto, se distinguió en la labor directiva de la Juventud comunista local y comarcal.

En unión de dos obreros más, José fue juzgado por la Audiencia de Toledo. Fue su paso más señalado por la capital de la provincia. Conocía ya algunas facetas de su historia. Que en ella habían residido los reyes visigodos hasta que el último, enredado entre el amor de la Cava, las intrigas y despechos de sus nobles y la desafección popular tuvo que hacer frente inútilmente al hundimiento que le depararon los árabes en Guadalete. Ya sabía José entonces cómo a partir de los tiempos en que

mente, el abogado José Antonio Balbontín ostentó esta calidad. Pero Balbontín había triunfado con la etiqueta del partido social - revolucionario al que se adhirió al escindirse el partido radical - socialista. De éste había sido fundador en 1929. A la disolución del partido social - revolucionario Balbontín pasó al Partido Comunista.

(5) Primer alcalde comunista de España, fue elegido el 12 de abril de 1931. Al estallar la guerra tomó parte en los combates de la cuenca del Tajo. Cayó al mando de una Compañía y desapareció en el sector de San Martín de Valdeiglesias.

*Harto era Castilla pequeño rincón
Cuando Amaya era cabeza
Y Fitero el mojón*

había ido avanzando la Corte en el nuevo Estado hacia Burgos y Valladolid para, después de establecerse en Toledo, seguir hasta Sevilla y Granada. Y que el regreso a orillas del Tajo no fue ya más que por breve tiempo. Las horas de esplendor toledano por la época habían tenido lugar bajo los Reyes Católicos, durante la boda de la hija de éstos, Isabel, con el rey de Portugal. Don Juan de Padilla había albergado en su casa para el acontecimiento a los monarcas de Aragón y de Castilla. Garcilaso de la Vega hizo lo propio en la suya respecto al rey portugués.

Los vientos no tardaron en girar. Al caer en Villalar la cabeza del comunero con las de Bravo y Maldonado, su viuda, Doña María Pacheco, tomó el mando de la resistencia toledana frente al conde de Gante, duque de Borgoña, rey de España y emperador de Alemania. Vencida ella igualmente, huyó a Portugal con su hijo por la Puerta del Cambrón. Su casa, otrora residencia real, sería arrasada por orden del emperador y el solar sembrado de sal «para que nunca jamás creciera la hierba en aquel sitio».

Y Garcilaso, el hombre de armas, de batallas y de poemas, también cayó en desgracia. Allá, en la lejanía y como en las «Tristes» de Ovidio bajo el Imperio de los Césares, lamentaba

*Con un manso ruido
de agua corriente y clara
cerca del Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara...*

al explicar su situación,

*Aquí estuve yo puesto
o, por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena.*

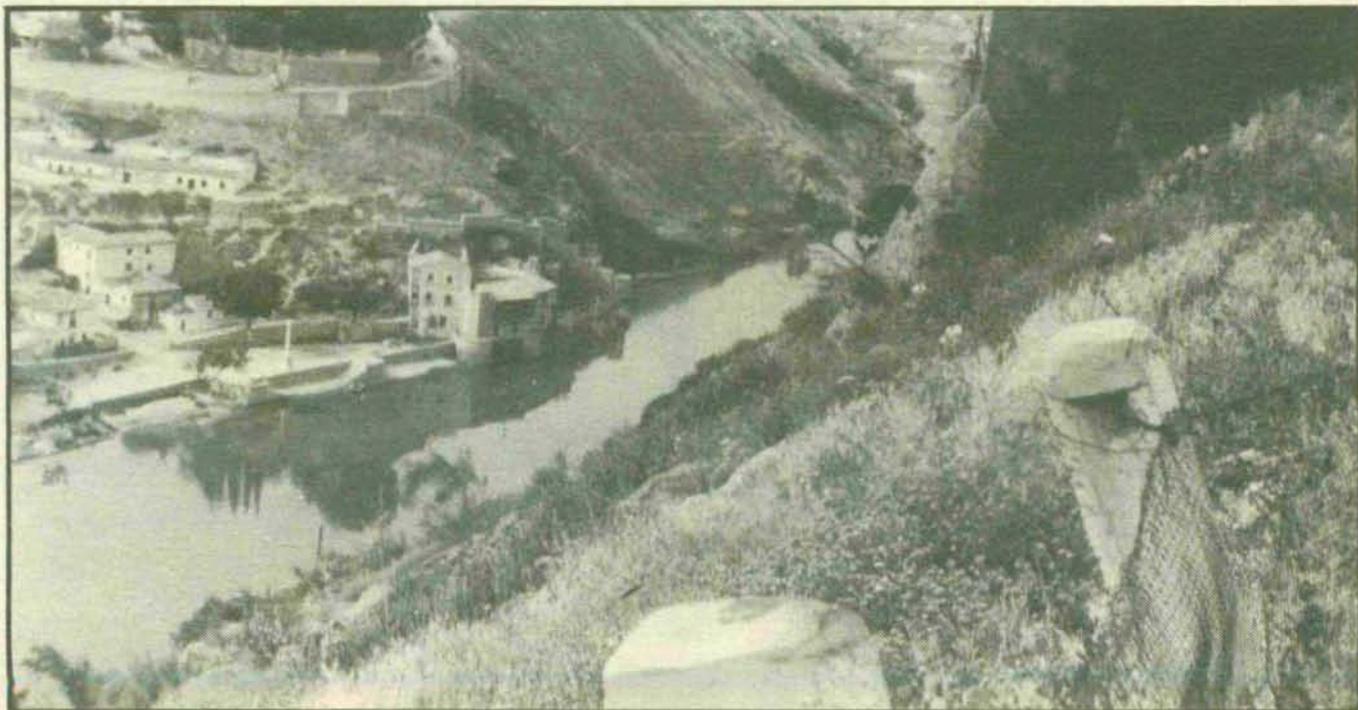
para aventar su inquietud.

*Tengo sólo una pena
si muero desterrado
y en tanta desventura.*

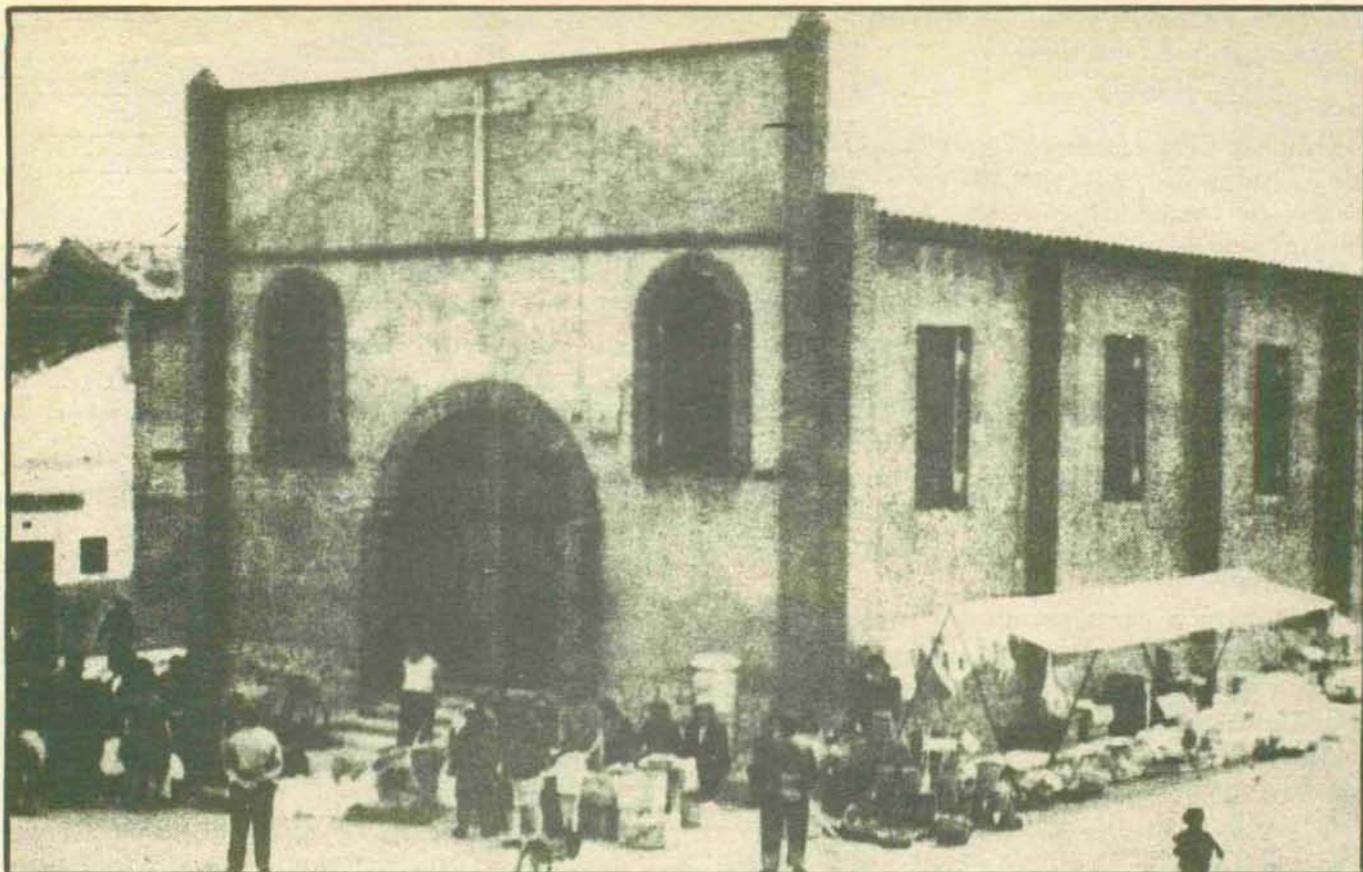
Es decir, que a medida que el Imperio avanzaba, por el Imperio iban hacia Dios los españoles, castellanos en Padilla y Garcilaso, valencianos en Caró y los agermanados en Valencia y Mallorca, aragoneses más tarde, con Lanuza y como remate del mismo impulso catalanes con Casanova. Era la unidad de destino «en lo universal» que los jonsistas ofrecían ya en sus papeles literario-políticos desde 1931.

Los dos compañeros de José fueron defendidos en el proceso por el destacado abogado toledano Virgilio Carretero, uno de los primeros propagadores de las ideas comunistas en la provincia (6). Salieron airoosamente. Por él obró en su defensa el abogado radical-socialista Cabello. Fue condenado

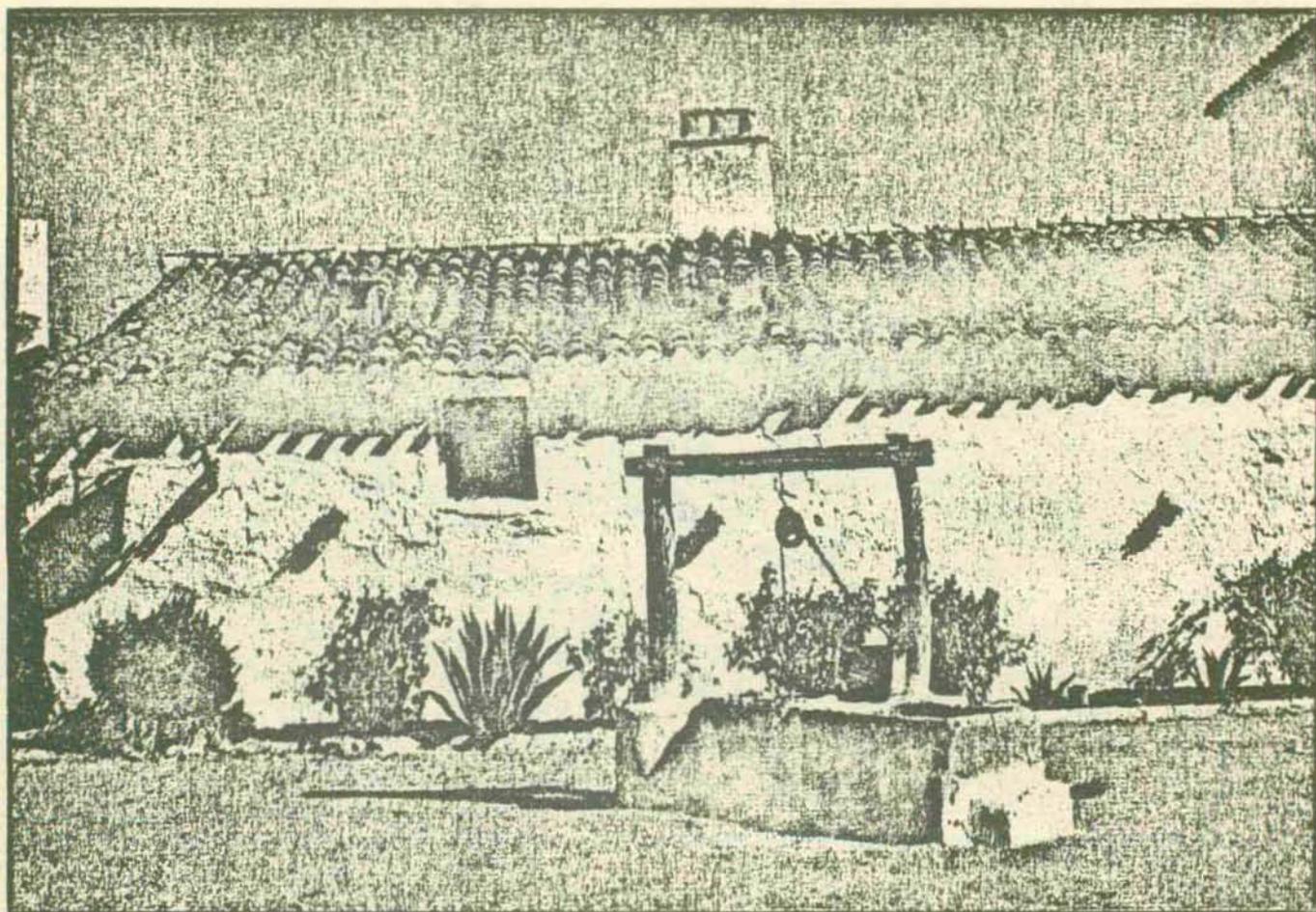
(6) Virgilio Carretero fue gobernador civil de Córdoba al estallar la guerra. Luego ocupó cargos en la Junta de Abastos durante la defensa de Madrid. Prisionero en el campo de Albaterra pudo huir y pasar a Francia. Tomó parte en la resistencia contra los ocupantes nazis.



El Tajo a su paso por Toledo.



Villa de Don Fadrique: Mercado de Santa Ana y Ermita. Esta fue levantada después de la guerra en el barrio más popular.



El Toboso: Pozo en que veló sus armas don Quijote.

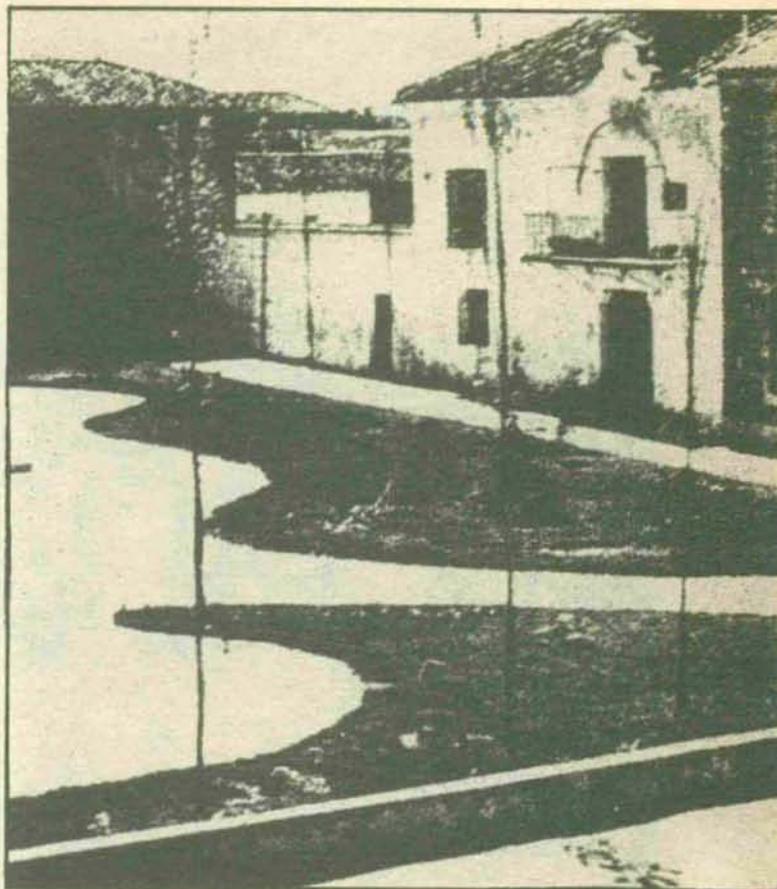
a más de 21 años de prisión. Pasó a cumplir sentencia en el Penal de Alcalá de Henares donde se dedicó a completar su instrucción general y política. Trasladado al Penal de Cartagena, en él se encontró con Ramón González Peña, con los consejeros de la Generalitat de Cataluña, encarcelados a raíz de octubre de 1934, y con otros políticos. Manzanero no volvió a la libertad hasta el 9 de marzo de 1936 al ser acogido por la amnistía decretada por el Frente Popular.

El peso de Toledo en la lucha política del país había crecido sin cesar hasta alcanzar, en el curso de la guerra, los rasgos conocidos: de un lado, un reducto-símbolo de la reacción histórico-social; de otro, toda la provincia campesina y jornalera levantada unánimemente en defensa de sus derechos a la vida y al bienestar. El 18 de julio sorprendió a José en Madrid. Allí trabajaba como obrero de la panadería. Y en Madrid, en el Jarama, en Extremadura, donde le destinaron, prestó sus servicios a las órdenes del Gobierno de la República, bajo las directivas de su Partido.

HISTORIAS, LEYENDAS Y RECUERDOS

Recuerdos de juventud llevaron a José durante el traslado a ratos de somnolencia. Sonreía para sí al remontarse a los tiempos en que escuchaba la leyenda de Moraleda, tan conocida en tierras de Toledo y Ciudad Real. Más que una leyenda era una verdadera historia de «bandido que robaba a los ricos y protegía a los pobres».

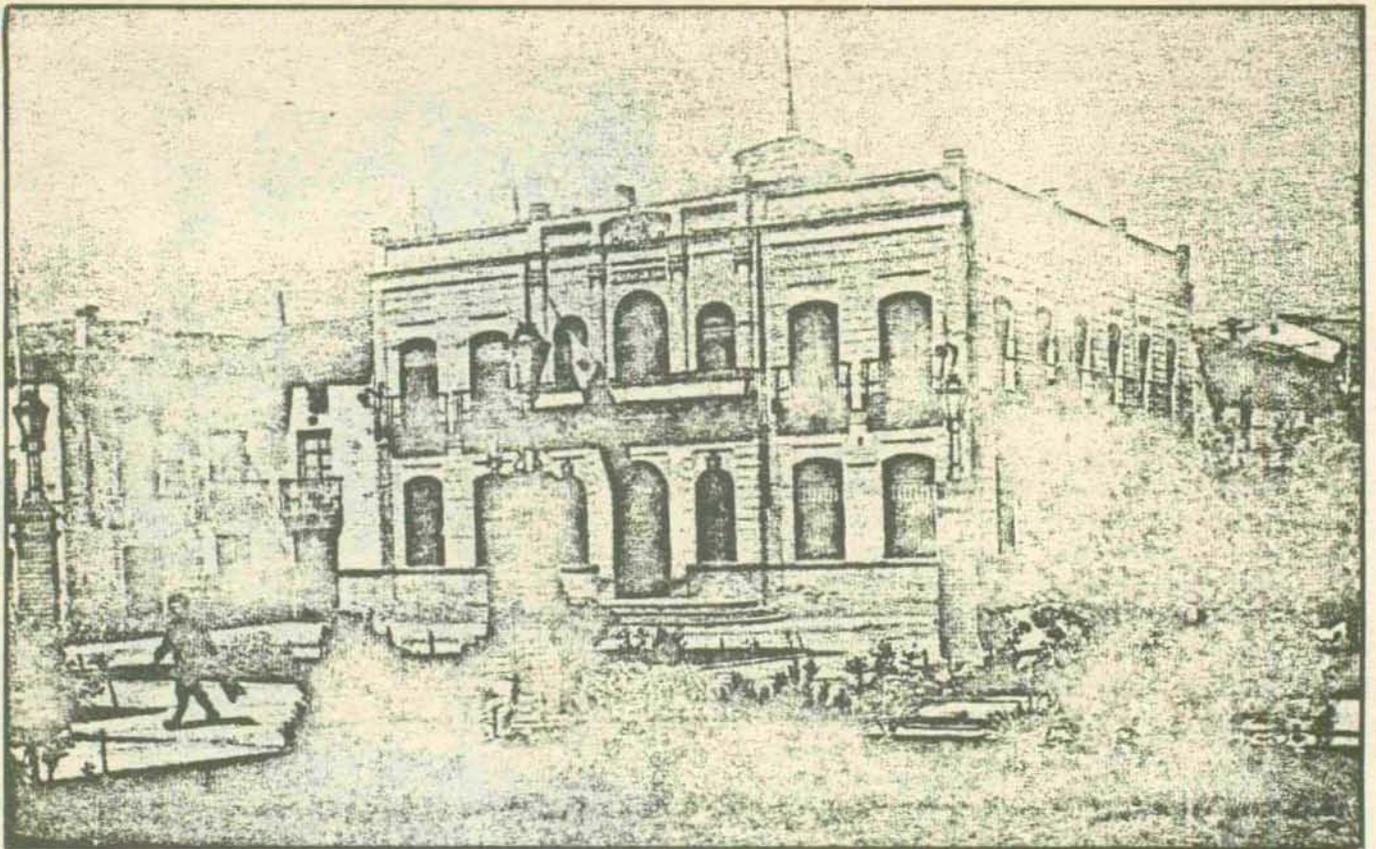
Moraleda, al llegarle el turno, rehusó ir al ejército. Como por su falta de recursos no podía ni soñar en obtener la «licencia absoluta» por medio de la «redención a metálico» y no quería que le enviaran a las guerras de Cuba o Filipinas, se echó al monte. Allí se encontró con otros jóvenes que habían adoptado una actitud similar. Constituyeron una banda o partida o guerrilla que por allí, secularmente, se denominaba una «cuadrilla». Tan antiguo era este concepto que precisamente se conocían como «cuadrilleros», hacía cientos de años, a los componentes de la Santa Hermandad, especie de contraguerrilla creada para combatir a los «lorajidos» de la época. Nunca se hablaba de las motivaciones que habían empujado a las montañas a los antiguos «fuera de la ley». En algunas visitas que José hizo a Toledo vio frente a los muros posteriores de la catedral una portada gótica. A cada lado del escudo estaba esculpida la figura de un **cuadrillero**. El edificio se



Villa de Don Fadrique: El viejo Ayuntamiento.

designaba como «la Hermandad» y allí funcionaba el Tribunal de la Inquisición. En los sótanos había contemplado las sombrías y húmedas cuevas donde se torturaba y hasta emparedaba a los prisioneros. Consideraba que, si por azar y por una suerte muy problemática, lograra escapar de manos de sus carceleros, no tendría más salida que la de Moraleda.

Porque Moraleda y su cuadrilla correataron y se mantuvieron años y años por todos los Montes de Toledo, por el Valle de Retuerta, por la Torre de Abraham, por Anchuras. Saltaban de los límites de Toledo a los de Ciudad Real, a los de Cáceres y a los de Badajoz. Sus hazañas giraban alrededor del llamado Castillo de Prim, situado en la proximidad de las primeras comarcas citadas. Que el señor del castillo fuera Prim o alguno de sus sucesores era indistinto para sus poblaciones. El amo era siempre Prim. Ocurrió que en el curso de una cacería organizada en el monte por los habitantes de la fortaleza, se perdió el hijo de «Prim». El niño comenzó a gritar y llorar. Su terror era doble: por un lado el miedo real a los lobos que en compactas manadas merodeaban por las espesuras; de otro, precisamente, el temor a la cuadrilla de Moraleda de quien se decían cosas horripilantes. Fa-



Quintanar de la Orden: El Ayuntamiento, situado a poco más de cien metros de la cárcel de partido.

miliares y servidores del castillo dieron batidas pero inútilmente.

La cuadrilla de Moraleda, que en permanencia vigilaba por las alturas circundantes, había seguido la cacería y localizado al niño extraviado. El propio jefe se presentó ante éste y le interrogó. Moraleda oyó al muchacho y le calmó. Le dijo que él y sus amigos le acompañarían hasta el castillo, después de entregarle un papel escrito, con la recomendación de que lo diera al estar ya dentro de su morada. El mensaje decía que el niño había sido recogido en el Valle de Santiago. Como a éste habían asegurado, los cuadrilleros permanecieron por allí hasta que le vieron entrar. El muchacho llamó ante el portalón, chilló hasta que le oyeron y le abrieron. Entregó el papel de Moraleda y por él supo «Prim» lo ocurrido, cómo había sido salvado y por quién.

En el tiempo, la cuadrilla de Moraleda consideró que aquella vida que llevaban debía tener un fin. Pasaron a Portugal. Allí se dispersaron y trataron de «reconvertirse». Moraleda y algunos otros, con el dinero o valores que habían reunido, abrieron comercios modestos. El antiguo jefe de la cuadrilla y dos de sus compañeros no lograron prolongar mucho aquella situación. Fueron descubiertos por la policía portuguesa y entregados en la frontera a las au-

toridades españolas. Los tres hombres fueron pasados por un tribunal y condenados a muerte. Pero «Prim» se enteró e intercedió por ellos. La pena les fue conmutada por la de cadena perpetua.

Moraleda hizo doce o quince años de prisión al cabo de los cuales salió en libertad. «Prim» fue en su busca y le ofreció entrar a su servicio en sus dominios con el cargo de mayoral. Moraleda rehusó porque, arguyó, ya no valía para dirigir y mandar. En realidad lo que no quería era eso precisamente: dirigir y mandar. Como insistiera en que no valía más que para cuidar gallinas, «Prim» aceptó que se ocupara de tal menester. Así terminó sus días.

Los jóvenes, cuando interrogaban al Tío Moraleda le decían que ya no se podría hacer lo que él hizo «porque había muchos guardias civiles». Moraleda no se inmutaba, lanzaba una especie de gruñido y hacía un ligero gesto con la mano.

Una orden de sus vigilantes hizo que José se rehiciera en una vuelta a su realidad presente.

LA PASION Y LAS SIETE ESTACIONES

¿Podrían contarse siete estaciones de Pasión o catorce caminos de cruz los que sufrió Manzanero desde que el Judas de Villanueva de Alcardete le entregó a los cen-

turiones en el Castillo? El 20 de mayo, ya en Villa de Don Fadrique, comenzaron las torturas en la noche. Le metieron en un ataúd y desde el Casino «La Benéfica» le encaminaron hacia el cementerio. ¿Había el propósito de enterrarle vivo? La cuestión es que los propios falangistas se dividieron acerca de la suerte de la víctima. Vencieron los que, enemigos de esta solución, se opusieron a hacerla efectiva. Lo peor fue evitado. Con José en la caja de muerto dieron media vuelta en la marcha y le tiraron por tierra. Desde allí le arrastraron hasta la casa del marqués, convertida en prisión.

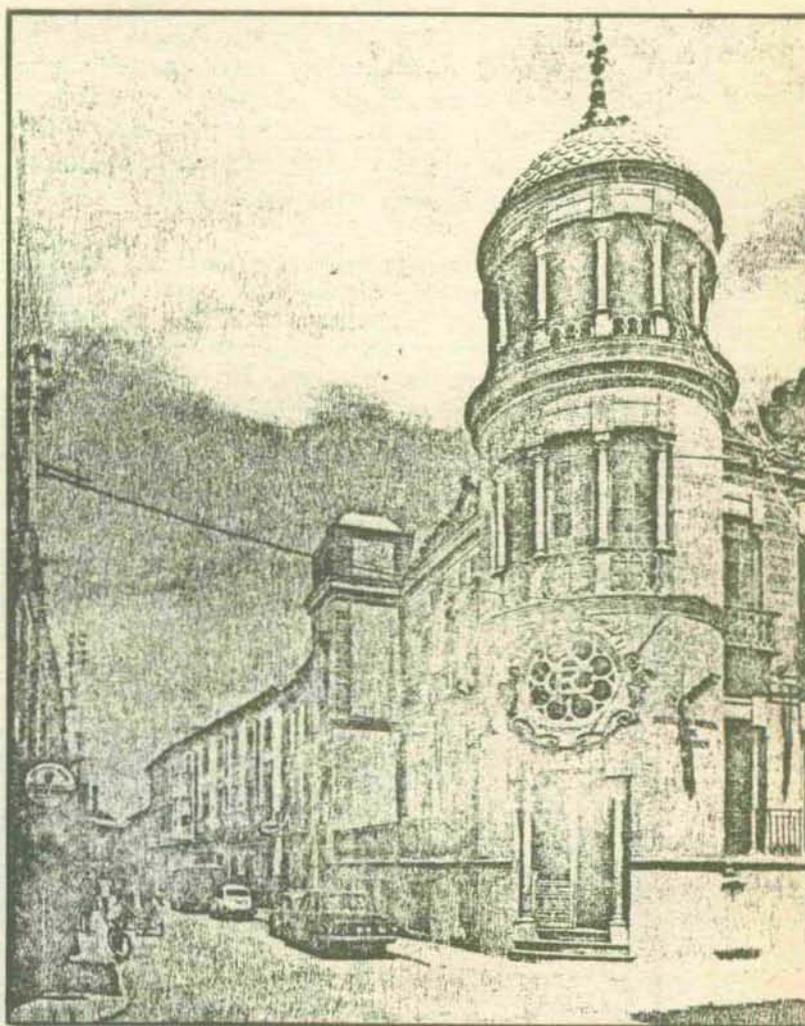
De mañana llegaron unos guardias civiles con orden de trasladar al detenido a la prisión de Quintanar de la Orden. Al verle, dijeron rotundamente que ellos no se hacían cargo de aquel hombre a quien consideraban próximo a morir. Los dirigentes falangistas ordenaron entonces a los torturadores directos, que no eran otros sino quienes habían hecho la conducción desde Alicante, que realizaran ellos mismos la expedición. Arrastras metieron a José en un coche, a rastras le echaron al suelo a la puerta de la prisión de Quintanar y a rastras le metieron hasta una mazmorra donde, por tierra igualmente, encontró a quince conocidos: su padre, su hermano Tomás, ambos ya torturados también, Valentín y Julián Carpintero, Casimiro Díaz Maroto...

En aquella cárcel estaban encerrados unos doscientos hombres y una veintena de mujeres, éstas en la parte alta del caserón, hacia el lado de la calle. Lo de «prisioneros» y «cautivos del ejército rojo» estaba pasado y bien pasado. Los presos, todos hijos de aquellas tierras, separadas apenas quince kilómetros de El Toboso, habían oído desde su infancia conceptos como «hidalguía», «caballerosidad», «defensa de los débiles» y «desfacer de entuertos». Tanto las mujeres como los hombres crecieron con el pensamiento de que la condición femenina había sido exaltada en España desde que don Quijote tuvo por amada a Dulcinea. La cruda y dura realidad de su situación les despertaba brutalmente de un largo y dulce letargo espiritual. Los carceleros se comportaban como si fueran conquistadores en tierras lejanas, eran groseros y jactanciosos, robaban a sus vigilados las camisas que les pasaban las familias, la comida, los platos, todo cuanto caía en sus manos. Y al mirar a las mujeres —las encarceladas y las que, familiares de ex combatientes republicanos estaban fuera de las rejas— lo hacían como las aves de rapiña otean los valles en

acecho del momento propicio para lanzarse sobre una presa.

Allí estaban también reclusos Virgilio García Mochales, su padre Arcadio y su madre Amparo, traídos junto a otros campesinos a pie, en una marcha de veintiún kilómetros, que les separaban de su pueblo, Corral de Almaguer. De su hermano e hijo Francisco no tenían noticias hacía meses, cuando éste se hallaba en el frente de Cataluña (7). Después de la prisión de Quintanar, el padre y la madre pasarían siete años en el penal de Ocaña, mixto para más de 5.000 hombres y 2.000 mujeres y de los más duros en la carcelaria galaxia franquista. Tomás, el hermano de José, era quien cui-

(7) Francisco García Mochales vio caer a su lado en la Casa de Campo, donde combatían juntos en noviembre de 1936, a su primo Maximino Luengo. Después fue herido en Garabitas. Durante la guerra alcanzó el grado de capitán. Pasó a Francia en la retirada, por Prats de Mollo, el 13 de febrero de 1939. En una larga sucesión de internamientos en campos, de fugas, de acciones de resistencia, terminó por caer en manos de los alemanes. Estos le condujeron de cárcel en cárcel hasta arrojarle al campo de concentración nazi de Dachau, inmediaciones de Munich, en mayo de 1943. En él permaneció hasta la liberación el 29 de abril de 1945.



Quintanar de la Orden: Casino del Recreo. Por esa calle desaparecieron los fugados del 10 de noviembre de 1939.

daba las heridas infligidas a los torturados en la cárcel. Hizo su aparición el tifus y Tomás, atacado por la enfermedad, fue trasladado al hospital de Quintanar. Murió allí a los pocos minutos de su ingreso. Se trató de «hacer volver la chaqueta» al que había sido comandante del antiguo batallón republicano «Luis Carlos Prestes», el comunista Vela. Este rechazó indignado el intento. Y le fusilaron.

Además del efectivo de la cárcel de partido, los francofalangistas habían encerrado en la iglesia de Quintanar de la Orden a más de mil detenidos. Allí se encontraba Antonio Cicuéndez, de Puebla de Almoradiel. Diezmados estaban los hogares de todos los alrededores, reducidos a expresiones mínimas. Torturas, fusilamientos continuos por grupos enteros, salvajismo, se habían manifestado abiertamente en Miguel Esteban, en Villacañas, en Villanueva de Alcardete. Era el «¡Ay de los vencidos!» en todo su rigor.

Tres eran las estaciones que restaban a José en su Pasión. Fueron las constituidas por otros tantos consejos de guerra que no habrían de entender y fallar su expediente. En aquellos meses y por la provincia de Toledo funcionaban tribunales itinerantes que iban de una cárcel de partido a otra. Los represores no tenían otra forma para «dar salida» a los miles y miles de presos hechos hasta en las aldeas más apartadas y remotas.

Estaba plenamente convencido José de que sería condenado a muerte y ejecutado. Tenía que ganar tiempo, retardar el vencimiento del plazo para jugar su difícilísima partida contra la muerte. En el estado físico en que se encontraba, imposibilitado

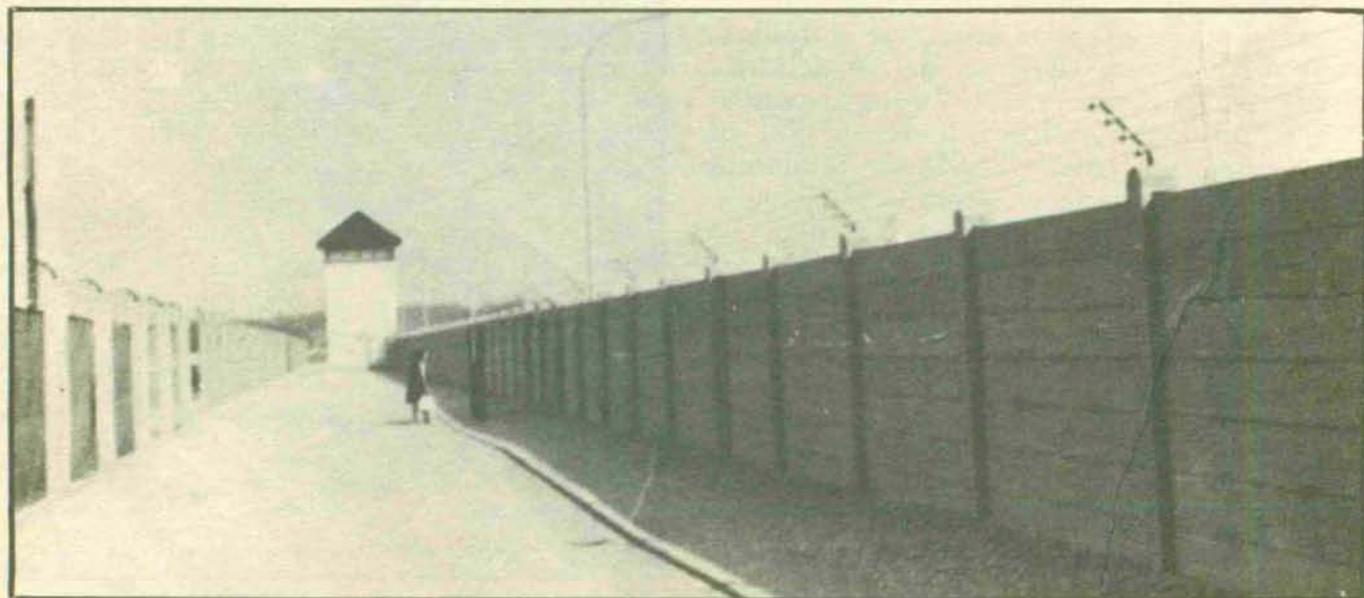
en sus pies y piernas, no podía pensar en nada importante. Dejó de comer, lo cual le originó la fiebre. Cuando el tribunal itinerante llegó a Quintanar y para evitar que tuviesen que llevarle en una camilla ante las gentes, aplazaron la visita de la causa. Repitió su acción al aproximarse la segunda llegada de los juzgadores con el resultado de un nuevo aplazamiento. Pero a la tercera vez que el tribunal se presentó en el pueblo, ni siquiera llamaron a José. Su suerte estaba decidida.

AHORA YA SOLO LA MONTAÑA

Como Espartaco en Roma, José jugó la carta decisiva en el momento cumbre. Hicieron descender al condenado a muerte sin comparecer a consejo a un calabozo de la parte baja de la prisión. Al pasar por el patio se cruzó con Manuel Muñoz, primo de Luis Cicuéndez a quien, por ser un enfermo crónico, habían dejado entrar para visitar a un familiar suyo. Era la última visión de seres amigos que quedaría a José.

En el calabozo, convertido en «capilla», quedó reunido Manzanero con otros doce, también condenados a muerte. Todos jóvenes, a excepción de uno de edad más avanzada. En el grupo se encontró a Agustín Luengo, familiar de los Luengo-García Mochales, y a Norberto Lozano, ambos de Corral de Almaguer. Comunistas la mayoría, republicanos, católicos, sin partido... Varios de ellos habían sido oficiales en el Ejército de la República.

Unánimemente reconocían aquellos hombres a José una superior experiencia, una mayor visión política. Nada de extraño



Dachau. Recinto exterior vigilado por el mirador del fondo. Una visitante lee el cartel explicativo.

tiene que al verle le preguntaran acerca «de lo que habrían de hacer». El interrogado no dudó un momento. A lo largo de toda su detención, ya desde el Castillo de Santa Bárbara, había pensado en la fuga. En la propia cárcel de Quintanar retrasó un proyecto con el fin de esperar a uno de sus camaradas que le acompañaría en la evasión. Ahora quedaban solamente unas cuantas horas. Se trataba pura y simplemente de lograr el éxito en la salida o de caer en el intento.

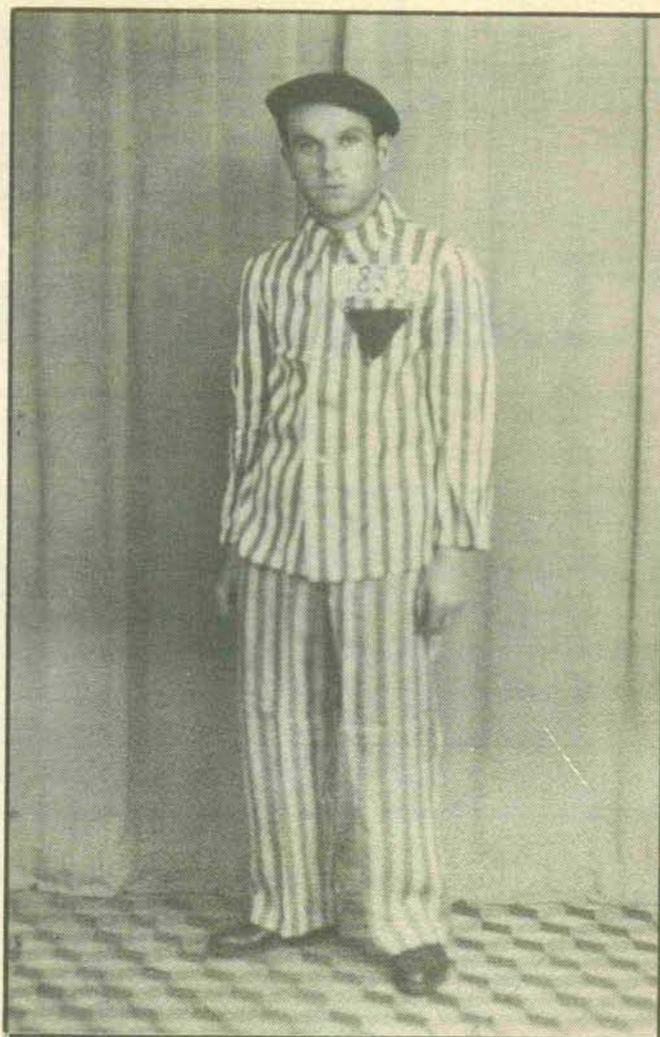
La idea ofrecida fue aceptada. Solamente el más viejo objetó que, aunque él les aprobaba, no se hallaba con ánimos para emprender la operación. José invitó a sus compañeros a escribir unas líneas de despedida a sus respectivas familias. Lo hicieron. Metieron los mensajes entre las costuras de las almohadas y colchoncitos que aquéllas les habían remitido anteriormente.

Pensaron los reos que lo más factible era perforar el muro exterior de la celda que separaba del portalón en la casa vecina. Trabajaron con el ardor que es de suponer y cuando el orificio estuvo hecho salieron uno por uno. José el penúltimo para que el siguiente, más delgado, pudiera empujarle. Ya en el portalón se dividieron en dos grupos de seis y cada uno de ellos, al mismo tiempo, salió a la calle en dirección opuesta. Habían desaparecido antes de que el centinela más próximo se diera cuenta.

Por el momento tenían que ocultarse y escapar a las batidas que se desencadenarían por los alrededores una vez dada la alerta. Los fugitivos se dividieron aún, sobre la marcha, en grupos más pequeños. Facilidad suplementaria para ellos y un obstáculo más para sus perseguidores. José iba con otros dos de sus camaradas.

Corrieron, se ocultaron entre las malezas, marcharon de nuevo, dejaron pasar ojeadores y jinetes hasta que a lo largo del río encontraron una torca o agujero de zorros en la cual se refugiaron. Desde allí oían las idas y venidas, las voces de quienes estaban lanzados tras sus huellas. Hasta que les descubrieron dos días después de aquel 10 de noviembre.

En la lucha desencadenada entre los escondidos y sus perseguidores éstos fueron desarmados. Los dos caballos sirvieron para tener una más fácil huida. Uno de los tres hombres fue atacado por una crisis nerviosa y no pudo seguirles. Julián y José no tenían más que un sitio por donde desaparecer ya que todo estaba vigilado, cercado. Se dirigieron hacia la Laguna de Villafranca de los Caballeros, hacia la confluen-



Francisco Garcia Mochales viste la ropa de deportado que había llevado en Dachau. Foto tomada poco antes de que abandonara la Casa de reposo en Charenton (Francia).

cia de los ríos Cigüela y Riansares. Por allí se lanzaron a caballo y se pusieron a salvo. Iban armados con carabinas sin munición y llegaron al fin del día a la Sierra de Urda. Para despistar a quienes les seguían hubieron de evitar que éstos pudieran divisar a los animales. Ataron las patas de éstos y les abandonaron tumbados. Así iban a ganar varias horas para su escapar definitivo.

Lejos, ya estaban muy lejos de Quintanar de la Orden en la madrugada siguiente. No podían percibir el eco de las descargas que allí señalaban unas cuarenta y cinco ejecuciones. Uno de los fusilados se llamaba Virgilio García Mochales. En aquel número de víctimas estaban quienes, protagonistas en la fuga, habían sido capturados hasta ese momento.

Ya no existía otra vida, otra solución que la montaña. Ni consignas, ni órdenes, ni voluntad. Lo que tenían ante ellos era la «nueva situación» que comenzaba para Julián. Y para José Manzanero Marín quien, a finales de marzo anterior, se había dirigido hacia el mar en busca de la salida... ■ M. I.